

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo XXXVI. Donde se cuenta la estrana, y jamas imaginada aventura de la dueña dolorida, alias de la condessa Trifaldi, con una Carta, que Sancha Panca escrivio a su muger Teresa Panca.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1686

CAPITULO XXXVI.

Donde se cuenta la estraña, y jamas imaginada aventura de la dueña dolorida, alias de la condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Pança escribió à su muger Teresa Pança.

TENIA un Mayordomo el Duque de muy burlésco, y defenfadado ingenio, el qual hizo la figura de Merlin, y acomodò todo el aparato de la aventura pasada, compuso los versos, y hizo que un page representasse à Dulcinèa. Finalmènte con intervencion de sus Señores ordenò otra del mas graciòso, y estraño artificio, que puede imaginàrse. Preguntò la Duquesa à Sancho otro dia, si avia començado la tarèa de la penitencia que avia de hazèr por el defencanto de Dulcinèa? Sancho respondiò que si, y que aquella noche se avia dado cinco açòtes. Preguntòle la Duquesa, que con que se los avia dado? Respondiò, que con la mano. Effen, replicò la Duquesa, mas es dàrse de palmadas que de açòtes; yo tengo para mi, que el Sabio Merlin no esterà contento con tanta blandura: menestèr ferà, que el buen Sancho haga alguna disciplina de abròjos, ò de las de Canelones, que se dexen sentir; porque la letra con sangre entra; y no se ha de dar tan baràta la libertad de una tan gran Señora, como lo es Dulcinèa, por tan poco precio. Y advièrta Sancho, que las obras de Caridad que se hàzen tibia y floxamènte, no tiene merito, ni valen nada. A lo que respondiò Sancho: Deme vueffia Señoria alguna disciplina, ò ramal conveniènte; que yo me darè con èl, como no me duela demasiado: Porque
hago

hago saber à vuestra merced, que aunque foy rustico, mis carnes tiènen mas de algodón, que de esparto; y no ferà bien, que yo me descrie por el provecho ageno. Sea en buena hora, respondiò la Duquesa; yo os darè mañana una disciplina, que os venga muy àl justo, y se acomode con la ternura de vuestras carnes, como si fueran sus hermanas propias. A lo que dixo Sancho: Sepa vuestra Alteza, Señora mia, de mi anima que yo tengo escrita una carta à mi muger Teresa Pança, dándole cuenta de todo lo que me hà sucedido despues que me apartè della: Aquí la tengo en el feno, que no le falta mas de ponerle el sobrefrito. Querria que vuestra discrecion la leyèsse; porque me parece, que và conforme à lo de Governador, digo, al modo que deven de escribir los Governadores. Y quien la notò? preguntò la Duquesa. Quien la avia de notar fino yo, pecador de mi? respondiò Sancho. Y escrivistela vos? dixo la Duquesa. Ni por pienso, respondiò Sancho, porque yo no sè leer, ni escribir, puesto que sè firmàr. Veámosla, dixo la Duquesa, que à buen seguro, que vos mostràys en ella la calidad, y suficiencia de vuestro ingenio. Sacò Sancho una carta abierta del feno, y tomándola la Duquesa, viò que dezia desta manera.

Carta de Sancho Pança

A Teresa Pança su Muger.

SI buenos açotes me davan, bien Cavallero me iva: Si buen Govierno me tengo, buenos açotes me cuesta. Esto no entenderàs tu, Teresa mia, por aora; otra vez lo sabràs. Has de saber, Teresa, que tengo determinàdo, que
andes

andes en coche (que es lo que haze al caso) porque todo otro andàr es andàr à gatas. Muger de un Governador eres; mira si te roerà nadie los Zancajos. Ay te embìo un vestido verde de caçador que me diò mi Señora la Duquesa: Acomòdale en modo, que sirva de saya, y cuerpo à nuestra hija. Don Quixote mi amo, segun he oydo dezir en esta tierra, es un loco cuerdo, y un mentecàto gracioso, y que yo no le voy en çaga. Hemos estàdo en la cueva de Montefinos, y el sabio Merlin hà echàdo mano de mi para el desencànto de Dulcinèa del Tobòso, que por allà se llama Aldonça Lorenço. Con tres mil y treientos açotes, menos cinco, que me he de dar, quedará desencantada como la madre que la pariò. No diràs desto nada à nadie; porque pon lo tuyo en consejo, y unos diràn que es blanco, y otros que es negro. De aquí à pocos dias me partirè al Govièrno, adonde voy con grandissimo desèo de hazèr dineros; porque me han dicho, que todos los Governadores nuevos van con este mesmo desèo. Tomarèle el pulso, y avisarète, si has de venir à estàr conmigo ò no. El Ruzio està bueno, y se te encomienda mucho, y no le pienso dexàr, aunque me llevàran à ser gran Turco. La Duquesa mi Señora te besa mil vezes las manos: Buèvele el retorno con dos mil; que no ay cosa que menos cueste, ni valga mas barata, segun dize mi amo, que los buenos Comedimièntos. No ha sido Dios servido de depàrme otra maleta con otros cien escudos como la de marras; pero no te dè pena, Teresa mia, que en salvo està el que repica, y todo sàldrà en la colada del Govièrno; fino que me hà dado gran pena, que me dizen, que si una

VCZ



vez le pruèvo, que me tengo de comèr las manos tras èl; y si assi fuèsse, no me costaria muy barato; aunque los estropeados, y mancos ya se tienen su canongia en la limosna que piden: Assi que por una via, o otra tu has de ser rica, y de buena ventura. Dios te la de como puede, y a mi me guarde para servirte. Deste Castillo a veynte de Julio 1614.

Tu marido el Governador

Sancho Pança.

EN acabando la Duquesa de leer la carta, dixo a Sancho: En dos cosas anda un poco descomedido el buen Governador; La una en dezir, o dar a entender, que este Gobierno se le han dado por los aqotes que se ha de dar, fabiendo el, que no lo puede negar, que quando el Duque mi Señor se lo prometio, no se sonava aver aqotes en el mundo: La otra es, que se muestra en ella muy codicioso, y no querria, que orégano fuèsse; porque la codicia rompe el faco; y el Governador codicioso haze la Justicia desgovernada. Yo no lo digo por tanto, Señora, respondiò Sancho, y si a vuestra merced le parece, que la tal carta no va como deve de ir, no ay fino rasgarla, y hazer otra nueva; y podria ser que fuèsse peor, si me lo dexan a mi caletre. No, no, replicò la Duquesa, buena està esta, y quiero que el Duque la vea.

CON esto se fueron a un Jardin, donde avian de comèr aquel dia, y la Duquesa mostrò la carta de Sancho al Duque, de que recibio grandissimo contento. Comieron; y despues de alçados los mantèles, y de avèrse entretenido



un buen espacio con la fabròsa conversacion de Sancho, à deshora se oyò el son tristissimo de un Pifarò, y el de un ronco, y destemplàdo tambòr. Todos mostràron alborotàrse con la confusa, marcial, y triste harmonia, especialmente Don Quixote, que no cabia en su asiento de puro alborotàdo. De Sancho no ày que dezir, fino que el miedo le llevò à su acostubràdo refugio, que era el lado ò faldas de la Duquesa; porque real, y verdaderamente el son que se escuchàva era tristissimo, y melancòlico. Y estàdo todos assi suspensos, vièron entràr por el Jardin adelante dos hombres vestidos de luto tan luengo y tendido, que les arrastràva por el suelo. Estos venian tocàdo dos grandes tambores asimesmo cubiertos de negro. A su lado venia el Pifarò negro, y pizmièto como los demàs. Seguìa à los tres un personaje de cuèrpo agigantado, amantàdo, no que vestido, con una negrissima loba, cuya falda era asimesmo desafortàda de grande: Por encima de la loba le ceñia, y atravèssava un ancho Tahali tambien negro, de quien pendia un desmesuràdo Alfange de guarniciones, y vayna negra. Venia cubièrto el rostro con un transparente velo negro por quien se entreparecia una longuissima barba blanca como la nieve. Movia el passio al son de los tambores con mucha gravedad, y repòso. En fin su grandeza, su contoneo, su negrura, y su acompañamiento pudièra, y pudo suspender à todos aquellos, que, sin conocèrle, le miràron. Llegò, pues, con el espacio, y propopèya referida à hincàrse de rodillas ante el Duque, que en pie con los demàs que allí estàvan, le atendia; pero el Duque en ninguna manera le consintio hablàr hasta que se
levan-

levantàsse: Hizolo assi el espantàjo prodigiòso, y pueſto en Pie alçò el antifàz del roſtro, y hizo patente la mas horrenda, la mas larga, la mas blanca, y mas poblada barba, que haſta entonces humanos ojos avian viſto; y luego defencaxò, y arrancò del ancho, y dilatàdo pecho una voz grave, y ſonòra; y ponièdo los ojos en el Duque, dixo: Altiffimo, y poderòſo Señor, à mi me llaman Trifaldin el de la barba blanca: Sòy eſcudèro de la Condeſſa Trifaldi, por otro nombre llamada la dueña dolorida, de parte de la qual traygo à vueſtra grandeza una embaxàda; y es, que la vueſtra magnificencia ſèa ſervida de darle facultad y licencia, para entràr à dezirle ſu cuyta, que es una de las mas nuevas, y mas admirables, que el mas cuytado penſamièto del orbe puede avèr penſàdo: Y primero quière ſaber, ſi eſtà en eſte vueſtro Caſtillo el valeròſo, y jamas vencido Cavallèro Don Quixote de la Mancha, en cuya buſca viene à pie, y ſin deſayunàrſe deſde el reyno de Candaya haſta eſte vueſtro eſtado, coſa, que ſe puede, y deve tenèr à milagro, ò à fuerça de encantamièto. Ella queda à la puerta deſta fortaleza, ò caſa de campo, y no aguàrda para entràr fino vueſtro beneplàcito. Dixe, y toſiò luego, y manoseòſe la barba de arriba à baxo con entrambas manos, y con mucho ſoſiego eſtùvo atendiendo la reſpueſta del Duque, que fuè: Ya, buen eſcudèro Trifaldin de la barba blanca, hà muchos dias que tenèmos noticia de la deſgracia de mi Señora la Condeſſa Trifaldi, à quien los encantadòres la hazen llamàr, La dueña dolorida. Bien podèys, eſtupèdo eſcudèro, dezirle que entre, y que aquí eſtà el valiente Cavallèro Don Quixote de la Mancha, de



cuya condicion generosa puede prometèrse con seguridad todo ampàro, y toda ayùda: Y assimismo le podrèys dezir de mi parte, que si mi favor le fuere necessario, no le ha de faltàr, pues yà me tiene obligàdo à darsèle el sèr Cavallèro, à quièn es anexo y concerniente favorecèr à toda fuerte de mugeres, en especial à las dueñas viudas, menoscabadas, y doloridas, qual lo deve estàr su Señoria. Oyendo lo qual Trifaldin inclinò la rodilla hasta el suelo, y haziendo al pifaro, y tambores señaal, que tocàssen el mismo son, àl mismo passio que avia entrado, se bolviò à salir del Jardin, dexàndo à todos admirados de su presencia, y compostura. Y bolviendose el Duque à Don Quixote, le dixo: En fin, famoso Cavallèro, no pueden las tinieblas de la malicia, ni de la ignorancia encubrìr, y escurecèr la luz del valor, y de la virtùd. Digo esto, porque apenas hà seys dias, que la vuestra bondad està en este Castillo, quando yà os viènèn à buscàr de lueñas, y apartadas tierras, y no en carroças, ni en Dromedarios, sino à pie, y en ayunas, los tristes, y los afligidos, confiados que han de hallàr en esse fortissimo braço el remedio de sus cuytas, y trabajos: Mercèd à vuestras grandes hazañas, que corren, y rodèan todo lo descubiertò de la tierra. Quisiera yo, Señor Duque, respondiò Don Quixote, que estuvièra aquí presente aquel bendito religioso, que à la mesa el otro dia mostrò tenèr tan mal talante, y tan mala ojeriza contra los Cavallèros andantes, para que vièra por vista de ojos, si los tales Cavallèros son necessarios en el mundo; y tocàra por lo menos con la mano, que los extraordinariamente afligidos, y desconsolados en casos grandes, y en desdichas
enormes